

Tradición e identidad: la clase obrera de Orizaba (1900-1920)

Enrique Rajchenberg S.

La clase obrera no surgió como el sol por la mañana, a una hora determinada; además, estuvo presente en su propia formación.

E. P. Thompson

I. Las tradiciones rebeldes

MUCHAS INTERPRETACIONES de la formación de la clase obrera mexicana adolecen de un error metodológico; me refiero básicamente al puesto de observación escogido por el investigador. Éste se detiene en el umbral de la fábrica, como si tuviera que respetar estrictamente el anuncio de “propiedad privada”, por lo cual deduce lo que acontece en el interior de la fábrica a partir de las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo. Más aún, supone que el obrero se comporta tal como el capitalista quisiera que se comportara. En situaciones políticas como la que estudiaremos, los términos de contratación de la fuerza de trabajo, o, en otras palabras, la reglamentación de las relaciones de trabajo, se caracteriza por la unilateralidad, y ello refuerza la creencia de que el comportamiento del obrero es idéntico al previsto o deseado por el capitalista. En otras palabras el investigador abandona al trabajador en el momento en que éste franquea la puerta de acceso a los talleres. Centrado alrededor de los signos exteriores de aquello que sucede dentro de la fábrica, interpreta e imagina el mundo interior a partir de los ruidos que traspasan los muros. Equivale a ver los vitrales de una catedral desde afuera, es decir, en su opacidad exterior, sin conocer su textura y colorido, sólo visibles desde dentro. Se concluye, entonces, en la total pasividad de los trabajadores

doblegados y sometidos a un sistema autoritario de relaciones en que la resistencia no tiene cabida. Apegado a un modelo transhistórico de lo que debe ser la resistencia y sus formas de expresión, el investigador acaba negándolas ahí donde no se verifican tal cual él espera encontrarlas. La hora cero de las luchas obreras se iniciaría con la firma del acta constitutiva del primer sindicato, como si la identificación de los intereses clasistas sólo tuviera lugar cuando los sujetos sociales reconocen y proclaman explícitamente las determinaciones económicas de su situación de clase. Como veremos, el discurso identitario de la clase puede ser profundamente clasista aun cuando se revista de una apariencia transclasista; por ejemplo, el patriotismo.

En realidad, las cosas acontecen de un modo muy diferente. Las condiciones, formales o no, de contratación de la fuerza de trabajo constituyen únicamente la plataforma a partir de la cual se producen negociaciones que rigen las actividades cotidianas en la fábrica. Aunque el capitalista sólo compra en el mercado la fuerza de trabajo, ésta entra a la producción junto con su portador, quien, no obstante los múltiples intentos de objetivación, es también portador de un universo cultural compuesto por experiencias previas, por tradiciones y costumbres. Con este arsenal, y por medio de él, interpreta, otorga un sentido y responde ante situaciones inéditas o ya conocidas. Por lo tanto, no es válido suponer que los obreros noveles hacen tabla rasa de su pasado y de la memoria de éste al ingresar por primera vez al régimen fabril y que van adquiriendo una conciencia generada *ex nihilo*. Esto es independiente de la eficacia o ineficacia de las prácticas de resistencia de los recién llegados a la fábrica.

Es cierto que las organizaciones sindicales confieren continuidad a las luchas emprendidas e impulsan la institucionalización de los conflictos que, de otro modo, semejan explosiones sin referencias en el pasado ni proyecciones hacia el futuro. Las demandas que originan las explosiones de descontento aparecen súbitamente y se diluyen del mismo modo para reaparecer posteriormente.

Las herencias culturales pueden haberse constituido en situaciones diversas a las que se aplican. Están, en ese caso, descontextualizadas pero simultáneamente recontextualizadas:

los hombres viven rodeados de una amplia acumulación de mecanismos institucionales del pasado, y es natural que escojan los más convenientes y los adapten a sus propios (y nuevos) fines (Hobsbawm, 1979:384).

En efecto, los hombres actualizan sus tradiciones para adaptarlas a nuevos contextos y así comprender, justificar o enfrentarse a situaciones novedosas. De ahí la ambigüedad del término "arsenal cultural", como si

se tratara de algo inerte, como un *stock* de ideas y de actitudes que basta desempacar e inventariar (Bourdieu, Chartier y Darnton, 1985:88).

El uso de las tradiciones no posee forzosamente una intencionalidad consciente. El apego a determinadas tradiciones y costumbres puede involuntariamente convertirse en un elemento que antagoniza con el mundo nuevo y el régimen económico que éste inaugura e intenta imponer. Por ejemplo, en la fábrica San Antonio Abad, en la ciudad de México, los obreros pararon porque la administración había prohibido que llevaran pulque para la hora de la comida (Anderson, 1976). Abusivamente se ha tildado a todos aquellos grupos que invocan la tradición de arcaicos o milenaristas que tarde o temprano terminarán arrollados por la inexorable marcha de un nuevo mundo que necesariamente será feliz.

El uso de la tradición no se confunde, empero, con concepciones de una edad de oro a la que se anhela retornar. Al contrario, la tradición puede ser, como lo demostró E.P. Thompson para los primeros tiempos de la clase obrera inglesa, un medio de lucha para un futuro que no se confunde con el “pasado que fue mejor”. En ese sentido, debe destacarse la plasticidad de las tradiciones progresivas, es decir, su capacidad de adaptación a contextos diversos, que deben diferenciarse de las tradiciones regresivas, cuya escasa flexibilidad las confina al mundo del *underground* (Héau-Lambert y Rajchenberg, 1992).

II. Tras el abandono de la patria chica: viejas tradiciones renovadas

Poco antes de finalizar el siglo XIX, los habitantes del cantón de Orizaba, situado en un valle, no sospechaban que su terruño disputaría, con Monterrey, el apodo de “Manchester mexicano”. Situado estratégicamente en la importante ruta comercial de aquella época, el ferrocarril México-Veracruz, el cantón modificaría su paisaje económico y social rápidamente. Arribarían cuantiosas inversiones a la industria textil para edificar y modernizar instalaciones fabriles cuyo gigantismo y sofisticación tecnológicos asombrarían a los lugareños. Las nuevas fábricas textiles aprovecharon las condiciones naturales para emplear las innovaciones mayores de la llamada segunda revolución industrial. La abundancia y propiedades del agua permitieron instalar los generadores de electricidad para mover las máquinas, por una parte, y producir telas de alta calidad al abrigo de la competencia nacional, por otra. La red ferrocarrilera que se tejía a gran velocidad en el país permitía la distribución y aprovisionamiento confiables del producto y de los insumos, dejando atrás al viejo sistema de transporte a cargo de arrieros.

No sólo serían las fábricas textiles las que poblarían el territorio. Se instaló igualmente la cervecería Moctezuma y el ferrocarril urbano de Orizaba tirado por animales se electrificó. Había igualmente una fábrica de aguas gaseosas, una de puros y otra más de ropa. Veinte años después de iniciado el siglo, la población obrera de las siete fábricas textiles alcanzaba 10% del total de orizabeños y constituía, junto con los trabajadores de las demás plantas fabriles, un compacto grupo social.

Cuadro 1

<i>Fábrica</i>	<i>Lugar</i>	<i>Obreros</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
Mirafuentes	Nogales	130 adultos 40 menores	160	10
CIVSA	Santa Rosa	1 139 adultos 170 menores	1 463	96
Santa Gertrudis (Manufactura de yute)	Orizaba	503 adultos 65 menores	401	167
CIDOSA				
a) San Lorenzo	Nogales	708 adultos 32 menores	712	28
b) Cocolápam	Orizaba	620 adultos 68 menores	654	34
c) Cerritos	Orizaba	381 adultos 27 menores	418	
d) Río Blanco	Río Blanco	2 236 adultos 154 menores	2 270	20

Datos extraídos de AGN, RT, c. 209, exp. 38, 6 de marzo de 1920; c. 209, exp. 40, 21 de abril de 1920 y c. 209, exp. 41, 19 de junio de 1920.

Las dimensiones de las plantas industriales requirieron de vastos provisionamientos de mano de obra que superaron la disponibilidad de brazos locales.

Las expropiaciones de tierras del porfiriato y las remuneraciones en las fábricas textiles por encima del nivel salarial promedio en la agricultura y en la manufactura nacional coadyuvaron para que de lugares cercanos o remotos arribaran los miles de trabajadores que modificarían en pocos años el perfil del cantón (García, 1981 y 1990).

Por tren no sólo viajaban mercancías, sino también personas que aceleraban, gracias al nuevo medio de transporte, la velocidad de circulación de ideas y de noticias de las buenas oportunidades de empleo. Para algunos de los nuevos asalariados el trabajo industrial era un hecho

habitual, pero para la mayoría constituía una inclemencia temporal de la cual había que zafarse ni bien se presentaran oportunidades más gratas de ganarse la vida. Los trabajadores iban y venían; algunos partían para no volver jamás. Otros, los menos, llegaban y al poco tiempo arribaba el resto de la familia.

El trabajo agrícola no era una panacea; al artesanal, las grandes manufacturas le dejaban cada vez menos intersticios en el mercado donde poder competir; pero los rigores de la disciplina industrial y del ambiente fabril se consideraban más temibles aún. Las prolongadas jornadas de trabajo bajo las órdenes de capataces y maestros autoritarios, la obediencia estricta a los horarios, los turnos de noche —las odiosas veladas—, fueron algunos rasgos que estos recién llegados a la gran industria compartían con sus homólogos de otras regiones del país. No padecieron pasivamente las condiciones de trabajo, como adujo la leyenda negra del porfiriato. El sistema de multas que los capataces impusieron a los mal portados —y que parece ser un método más de crueldad caprichosa en la leyenda negra, es decir, en la mitología posrevolucionaria— fue en realidad uno de los mecanismos empleados para disciplinar a una fuerza de trabajo rebelde a permanecer atenta a la tarea asignada durante doce o más horas y a someterse a horarios fijos. La distinción estricta entre trabajo y descanso, diversión u ocio constituyó una de las enseñanzas más difíciles de inculcar a la joven clase obrera. La variedad de motivos por la que se aplicaban las multas resulta indicativa de la conducta de los obreros en el lugar de trabajo y de la dificultad de su sujeción al ritmo industrial. Por ejemplo, en 1901 y 1903, en la fábrica Santa Rosa se aplicaban las siguientes multas: diez centavos por “telares parados”; 25 por “retraso”; 15 por “dormir”; 25 por “periódico”; 25 por “pleito”; 25 por “otro lugar”; 25 por “pasearse”; 20 por “palabras malas”; etcétera (ASR, Nómina de raya, 1901 y 1903). Hubo también quienes fueron severamente castigados y multados por haber golpeado a un capataz o por no controlar sus ímpetus sexuales en el taller con alguna de las trabajadoras de la planta. Las multas se convirtieron en el símbolo de las injusticias del régimen fabril, aunque representaban más un ultraje moral que un atentado gravoso contra la economía del obrero o un medio de resarcir, por la vía del ahorro de la masa salarial, las pérdidas ocasionadas por la indisciplina laboral.

Así, en 1901, las multas representaban 0.25% del total de los salarios pagados por una de las fábricas textiles, y sólo excepcionalmente, en casos de insubordinación reiterada y “maldades mayores”, como cortar las bandas de transmisión, alcanzó 1% del salario. Pero como dijeron en una ocasión los obreros de Santa Rosa, “el obrero es sufrido, pero también tiene su corazoncito” (*El paladín*, 9 de agosto de 1908). Si bien hubo protestas contra el cobro de dichas multas, no existieron contra el pago

de “música”, cuyo descuento del salario era frecuente y alcanzaba 50 centavos por trabajador.

Tal como se señaló anteriormente, a Orizaba llegaron trabajadores de regiones diversas. Una proporción importante de los recién entrenados obreros provenía de zonas rurales; otros llegaban de centros urbano-industriales del Distrito Federal, Querétaro y Puebla. Sin embargo, el grueso del contingente lo proporcionaban los campesinos. No es extraño entonces que varios movimientos huelguísticos demandaran a manera de solución de los conflictos la dotación de tierras en vez del cumplimiento de las peticiones que originalmente habían suscitado las huelgas. Tan tarde como el año de 1918, 131 obreros de Santa Rosa solicitaron tierras porque alegaron que ellos eran gente de campo (García, 1981). Al sentirse —y, hasta cierto punto, serlo— más campesinos que obreros fabriles, buscaban la resolución de los infortunios de su condición social, aunque no siempre la encontraban, fuera de las fronteras de la relación capitalista-industrial. La cercanía de sus matrias permitía que regresaran a ellas para las fechas conmemorativas o bien una vez que reunían la cantidad de dinero necesaria para enfrentar un gasto o saldar una cuenta. Era el caso de los oaxaqueños, quienes, de acuerdo con las variaciones estacionales de sus trabajos agrícola-ganaderos, descendían al valle de Orizaba. Resulta interesante señalar que este fue el grupo étnico más difícil de incorporar a las organizaciones sindicales al momento de su creación porque el carácter temporal de sus actividades industriales hacía que percibiera, en mayor medida que los demás, su condición obrera como un acontecimiento excepcional en su vida. Sin embargo, por el tipo de labores para el que era contratado, resultaba que padecía las condiciones más insalubres del trabajo fabril.

El nomadismo constituyó un rasgo de la población industrial hasta bien entrado el siglo XX. De los 1 348 obreros que trabajaban en Santa Rosa en 1901, seguía laborando sólo 14% en 1906 (García, 1990:49). En el interior de la sección de blanqueo, el departamento llamado “estufa anilina” ocupaba una cantidad pequeña de trabajadores —entre cinco y seis obreros en total—. Entre 1900 y 1901, sólo un obrero completó las 52 semanas; uno permaneció sólo un mes y los demás duraron entre dos y tres semanas. Entre 1902 y 1903 dos trabajadores se quedaron durante todo el año; uno permaneció seis meses y el otro cinco. El resto trabajó un mes y otro más sólo una semana para desaparecer después (ASR, Nóminas de raya 1899-1900 y 1903).

En 1920, la gerencia de la Compañía Industrial Veracruzana se quejaba de la frecuencia de las huelgas porque implicaban, además de otras molestias, que los obreros “migraran constantemente por pequeños grupos o personalmente, de un centro industrial a otro” (AGN, RT, c. 209,

exp. 38, 6/03/1920). Todavía en 1923, cuando estalló una huelga que paralizó a la región durante más de quince días, salió de la comarca tal cantidad de trabajadores trashumantes que, al término del paro, los sindicatos solicitaron a las gerencias de las fábricas que esperaran una semana antes de proceder a nuevas contrataciones con el objeto de dar tiempo de retornar a los que habían partido.

Sólo gradualmente los trabajadores arraigarían en Orizaba: construirían escuelas para sus hijos, asilos para los ancianos, formarían equipos de béisbol y las barriadas obreras asumirían el perfil de un asentamiento sedentario. Todas estas actitudes obreras iban en detrimento de la productividad. Varios observadores extranjeros de la época señalaban reiteradamente que, a pesar del bajo costo de la mano de obra y de la extensa duración de la jornada de trabajo, los magros rendimientos en la productividad encarecían los productos nacionales frente a los extranjeros (Haber, 1992).

Sin embargo, las políticas proteccionistas instrumentadas por el gobierno de Díaz lograban poner al abrigo de la competencia a la incipiente industria textil. Sin las altas tarifas arancelarias, seguramente las fábricas no hubieran logrado subsistir durante largo tiempo.

Para los administradores de las fábricas, quienes lidiaban a diario con los obreros y simultáneamente rendían cuentas a los accionistas capitalinos, se trataba no sólo de controlar a los trabajadores dentro de la fábrica imponiendo sanciones, multas y multiplicando el número de capacitaciones, como ya hemos visto, sino también de ejercer funciones extramuros. Doce o más horas de trabajo era mucho tiempo durante el cual los obreros permanecían en el interior de los talleres bajo la mirada vigilante, aunque no todopoderosa, de los jefes. No obstante, sobraban doce horas o algo menos de no trabajo, y éstas se llenaban con actividades que afectaban a las primeras. Las prácticas étlicas cundían en Orizaba. Un natural del valle había observado un paralelismo entre la acelerada industrialización de la comarca y el incremento en el consumo de pulque traído desde Apan (Naredo, 1898). El alcoholismo fue explicado por la literatura anglosajona como el indicador de la desadaptación del individuo enfrentado a los retos de un mundo nuevo. Los migrantes noveles se refugiaban en los vapores étlicos ante las dificultades de adaptación a una estructura urbano-industrial.

Esta concepción trae implícitamente la idea de una pasividad obrera frente al mundo desconocido: la imagen popularizada en los tangos, del hombre desolado que se emborracha para olvidar sus cuitas en vez de darles la cara. En suma, una concepción miserabilista del obrero.

Ante las recriminaciones constantes de los patrones, los obreros impugnaron la vinculación entre alcoholismo y desgracias obreras. José

Neira, cofundador de una organización de obreros, trajo a cuenta la causalidad establecida por los patrones: “Y siempre habrá alguien que dirá: ‘Y todo a causa de la embriaguez’. No, señor; mentiras y más mentiras. No es debido a la embriaguez que nosotros somos trabajadores tan miserables o esclavos tan infelices” (citado por Anderson, 1968:88). Y proseguía atribuyendo la causa de su infelicidad a las largas horas de trabajo. Aunque la acusación de alcoholismo, el “mal del siglo” según Justo Sierra, se atribuía a todos los obreros, debe señalarse que este fenómeno se presenta generalmente en trabajadores expuestos a cargas físicas pesadas porque el alcohol es el principal estimulante a los esfuerzos intensos y bruscos (Cottureau, 1980:23). Asimismo, el alcohol ayuda a soportar la fatiga física y a provocar un sobresalto de energía, sea para el trabajo, sea para las relaciones sexuales (Cottureau, 1980:24). Evidentemente, las borracheras de los domingos extendían sus efectos al primer día de la semana, lo que se llamaba y se sigue llamando “san lunes”. Además, el san lunes constituía un recurso de regulación obrera del gasto de fuerza de trabajo. El domingo era muy poco tiempo para recuperar energías suficientes para otros seis días de trabajo.

Para los administradores, quienes comprendían que la dominación en el trabajo requería del control de la vida extralaboral del obrero, se trataba de monopolizar el gasto de energía de los obreros:

[...] Se han dado casos especialmente los lunes en que la fábrica desea suplir la falta accidental de algún obrero ausente de su trabajo la mayoría de los casos por ebriedad, y el sindicato se opone terminante a ello causando con esa intransigencia el perjuicio consiguiente a la suspensión de una máquina. (ASSR, carta de Camilo Maure en representación de la fábrica Santa Rosa al gobernador del estado de Veracruz, exp. 035.4, 28/02/1917.)

Quejas de este género fueron frecuentes en los primeros tiempos de la industrialización. En la minería, donde también los visitantes extranjeros deploraban el bajo rendimiento de la mano de obra en comparación con los trabajadores allende el Bravo, el control de la vida extralaboral era relativamente más sencillo de realizar. Los yacimientos se ubicaban en poblados inventados por las compañías mineras, las cuales no sólo eran propietarias de las vetas, sino igualmente del cine, del periódico local, etc., y, en ocasiones, ellas pagaban el sueldo del comisario asegurándose, de ese modo, su total fidelidad. En cambio, en Orizaba, el espacio extrafabril era más abierto y, a partir de 1919, cuando las presidencias municipales fueron ocupadas por exlíderes sindicales, resultó adverso a las empresas textiles. Éstas subsidiaron algunas actividades deportivas y religiosas que dieron sus resultados poco a poco y formaban parte de las

campañas de moralización, pues los jefes de empresas concebían las borracheras como inmoralidades y los san lunes como haraganería. A estos vicios obreros se oponía la virtud del trabajo, del cual emanaba el ahorro. El fomento a la creación de las cajas de ahorro por los empresarios, y en ocasiones su disposición a colocar la primera piedra financiera, debe entenderse como parte del combate a la inmoralidad obrera: era más un instrumento de moralización que una palanca financiera eficaz para solventar las contingencias de las vidas obreras (Ewald, 1987).

III. Tras la búsqueda de una identidad

El nomadismo expresaba tanto el rechazo al mundo fabril como el arraigo a la patria chica, e iba en contra de la organización sindical, establecida ésta sobre la base del reconocimiento de intereses comunes y un destino compartido. Pero existía otro género de vínculos comunitarios. La preservación de las identidades culturales anteriores al ingreso al trabajo fabril implicaba la agrupación de los individuos de acuerdo con sus lugares de origen, con las consiguientes rivalidades étnicas. A pesar de los reclamos hacia algunos grupos étnicos —mixteos y papaloltecas, decía un obrero—, surgieron tempranamente llamados a la unión, aunque no en nombre de intereses de clase opuestos a los de los capitalistas, sino en el de la patria: “Unidos todos como hermanos y dejando antagonismos por la distinción de tribus cantemos el himno de redención por nuestra idolatrada Patria” (*El Paladín*, 4 de febrero de 1909). La forja de la identidad de la clase se centraba en la invocación de aquello que los igualaba, y ese denominador común era ser mexicanos.

Al igual que en toda construcción de una identidad, se revelaba necesario distinguirse del enemigo, esto es, construir ideológicamente la diferencia (Héau-Lambert y Rajchenberg, 1994). Si la identidad de los obreros radicaba en su mexicanidad, el sello característico del otro polo de la relación de alteridad consistía en su extranjería. No debe extrañar la invocación de la patria para aglutinar a un grupo heterogéneo de individuos en el que predominaba un sector campesino con profundo arraigo en su tierra natal. Al contrario, la patria era una noción ideológica con un sentido altamente positivo desde la guerra juarista contra el ejército de Maximiliano. Los principales accionistas de las empresas de Orizaba eran de origen francés, más específicamente de Barcelonnette, un poblado del sur, aunque ya llevaban medio siglo de haber fincado raíces en México cuando fundaron las negociaciones en el estado de Veracruz. La designación de los capitalistas se convertía entonces en la evidencia de su calidad de extranjeros. Por extensión, todos los personajes fabriles opuestos

a los obreros habían sido contagiados por la extranjería de los dueños de las fábricas:

Si Bocho [se refiere a Ambrosio, alcalde y médico de la villa de Santa Rosa], Providencia y Peyrot no son mexicanos y por sus venas circula sangre de Barcelonnettes, entonces están en su papel; pero si como suponemos, son de origen nacional, y no se consideran lo suficiente patriotas para rehusarse a hacer de "incondicionales" verdugos del proletariado, entonces que renuncien a un puesto que no cuadra con el nombre de liberales que en las fiestas del Centenario [del natalicio de Juárez] se dieron. (*El Paladín*, 28 de junio de 1906.)

Recíprocamente, a los mexicanos se les atribuían virtudes pletóricas. En ocasión de un cambio de jefe de un departamento fabril, los obreros conocieron la intención de la gerencia de otorgar el puesto a un extranjero, siendo que ellos preferían a un connacional: "Pedimos al señor Ramos primero, por su antigüedad, segundo, por sus insuperables conocimientos, y tercero, porque es MEXICANO" (ASSR, exp. 052.02; subrayado y en mayúsculas en el original).

La volatilidad de los trabajadores y su reticencia a asumirse como obreros permanentes, además de las condiciones políticas permisivas que reinaban durante el porfiriato, impedían la constitución de organizaciones de resistencia y defensa de intereses gremiales asentadas en el nuevo modo de agrupación física y social de los hombres. No obstante, insisto, ello no implicaba la ausencia de prácticas de resistencia que abrevaban en un mundo cultural del que eran los obreros-campesinos sus portadores y actualizadores.

En Orizaba, a semejanza de otros lugares, se fundaron sociedades de socorros mutuos de enorme arraigo entre los artesanos urbanos desde mediados del siglo XIX. En ellas, las fronteras de solidaridad entre trabajadores se establecían de acuerdo con la posesión de ciertas habilidades concretas para la fabricación de un bien particular. Sin embargo, la magnitud de las desgracias obreras era superior a la capacidad financiera de las mutualidades y a la voluntad de ayuda. Además, su patrocinio por empresarios y políticos, para evitar la formación de agrupaciones sindicales o de otro tipo, las hizo sospechosas y fueron denunciadas por los grupos más radicales de trabajadores después de la huelga de Río Blanco en enero de 1907.

Las sociedades mutualistas proseguirían su labor durante algún tiempo, aunque con un alcance limitado a los obreros "libres", es decir, no sindicalizados, quienes serían objeto de frecuentes acusaciones por parte de los agremiados a las secciones de la central sindical. En la discusión en torno a la conveniencia de profundizar en la vía mutualista o impulsar

el sindicalismo triunfó la segunda opción, que no tuvo oportunidad de cristalizar en el contexto político posterior a la represión de la huelga de Río Blanco. Esta polémica tenía varias fuentes, entre las que cabe destacar al magonismo, que conoció en Orizaba una de sus plazas fuertes y que fue donde se formaron varios jefes veracruzanos de la Revolución, y a la actividad de la Iglesia metodista en la región. Ésta nunca ocupó la totalidad de las almas creyentes, pero su influencia se dejó sentir en la prédica de un nuevo código moral y en el impulso al asociacionismo político. Un pastor, José Rumbia, destacó en esa labor de conjugación de la enseñanza de contenidos bíblicos con su aplicación terrenal para la impugnación de las condiciones de vida del obrero textil (ver Bastian, 1983). La primera agrupación sindical nacería hasta 1915.

La huida de Carranza hacia Veracruz, donde instalaría su gobierno mientras las fuerzas de la Soberana Convención ocupaban la ciudad de México, impulsó la formación de sindicatos. La necesidad de Carranza de ganarse el apoyo de los trabajadores fabriles lo condujo a aceptar la sindicalización. Los textiles nombraron mesas directivas y formaron sindicatos. Sin embargo, fue sobre todo a partir de 1919 cuando las agrupaciones sindicales de Orizaba, al unirse a la Confederación Regional Obrera Mexicana, adquirirían un peso relevante en la vida política del valle.

Conclusión

La clase obrera no nació como un sol por la mañana. A media mañana aún no finalizaba su nacimiento. Incluso en su inicio no fue una sola masa compacta, sino el resultado de un encuentro de diversos mundos que conservaron durante largo tiempo la memoria de su pasado, aunque objetivamente formaran parte de otro conjunto. Algunos hubieran querido seguir una órbita diferente y, de hecho, lo lograron parcialmente. Al mediodía, ya definida, la clase no era amalgama homogénea de sus partes. Portaba las huellas de sus componentes originales a pesar de ser diferente de ellas. Campesinos, artesanos en vías de proletarización, pastores, obreros despedidos de otras fábricas quedaron reunidos, compartiendo y a veces disputando un territorio sobre el que se asentaban nuevas relaciones sociales. Todos resistieron las nuevas formas violentas de dominación capitalista: a la violencia de desposesión de los medios de subsistencia se sumaba la exigencia patronal de desprenderse de sus costumbres. Unos resistieron la disciplina industrial reproduciendo en el interior de la fábrica su cultura del trabajo, es decir, descansando a mitad de la jornada, leyendo, contando chistes, etcétera; otros, además,

recorriendo en sentido inverso el camino que los había llevado hacia el valle para convertirse nuevamente en campesinos. En todo caso, a pesar del despotismo industrial, no dejó de haber cuestionamientos, sordos o altisonantes, al sistema fabril. El descubrimiento de sus intereses compartidos y de la fuerza que alcanzaría su acción colectiva no fue obra de un automatismo. Quienes llamaron a la unificación de los obreros invocaron el ideario juarista. No era el anarquismo el que proveía el argumento principal de estos pioneros, ni los trozos apenas oídos y menos leídos de la teoría socialista. Del liberalismo se rescataba la gesta antintervencionista y su sentido de reivindicación de la soberanía nacional. Éste fue el contenido de lo mexicano popular frente al extranjero invasor. Posteriormente, aquel que se diferenciaría del obrero era el extranjero, enemigo por antonomasia. Se trataba de un modo tal vez maniqueo de representación de las contradicciones de clase, pero aquí, igual que en otros contextos, siempre es el terreno de la experiencia histórica el que nutre la conciencia de las clases.

Recibido en octubre de 1994

Revisado en marzo de 1995

Correspondencia: Facultad de Economía/Cubículo 27/Ciudad Unversitaria/C.P. 04360/México, D.F.

Abreviaturas

Archivo General de la Nación, Ramo Trabajo: AGN, RT

Archivo Sindical de la fábrica Santa Rosa: ASSR

Archivo de la fábrica Santa Rosa: ASR

Archivo Municipal de Orizaba: AMO

Bibliografía

I. Archivos

Archivo General de la Nación, Ramo Trabajo.

Archivo de la fábrica de Santa Rosa, Ciudad Mendoza.

Archivo sindical de la fábrica Santa Rosa, Ciudad Mendoza.

Archivo municipal de Orizaba, Orizaba.

II. Hemerografía

Excelsior, México, D.F.
El Paladín, México, D.F.

III. Libros y artículos

- Anderson, Rodney (1968), *The Mexican Textile Labor Movement, 1906-1907; an Analysis of a Labor Crisis*, tesis de doctorado, Ann Arbor, Michigan, The American University.
- _____ (1976), *Outcasts in their own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, De Kalb, Northern Illinois University Press.
- Bastian, Jean-Pierre (1983), "Metodismo y clase obrera durante el porfiriato", *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. XXXIII, México, El Colegio de México.
- Bourdieu, Pierre, Roger Chartier y Robert Darnton (1985), *Dialogue Éproprios de la histoire culturelle en Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Paris.
- Cottureau, Alain (1980), "Étude préalable" a Denis Poulot, *Le Sublime ou le travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être* [1870], Paris, Maspero.
- Ewald, François (1987), *L'Etat providence*, Paris, Grasset.
- García Díaz, Bernardo (1981), *Un pueblo fabril del porfiriato*, México, Fondo de Cultura Económica, SEP/80.
- _____ (1990), *Textiles del valle de Orizaba, 1880-1925*, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Haber, Stephen (1992), *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*, México, Alianza editorial.
- Héau-Lambert, Catherine y Enrique Rajchenberg (1992), "La leyenda negra y la leyenda rosa en la nueva historiografía de la Revolución Mexicana", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, México, Instituto de Investigaciones Sociales/UNAM.
- _____ (1994), "177 hombres en busca de una identidad: los primeros tiempos de la Soberana Convención", *Relaciones*, núm. 55, El Colegio de Michoacán.
- Hobsbawm, Eric (1979), *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica.
- Knight, Alan (1985), "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución", *Historia Mexicana*, núm. 1, vol. XXXV, México, El Colegio de México.
- Naredo, José María (1898), *Estudio geográfico, histórico y estadístico del cantón y de la ciudad de Orizaba*, Orizaba, Imprenta del Hospicio.
- Rajchenberg, Enrique (1992), "De la desgracia al accidente de trabajo", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 15, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- Thompson, E.P. (1977), *La formación histórica de la clase obrera, Inglaterra: 1780-1832*, 3 vols., Barcelona.

